

lucen sus escritos. Las canciones, anacreónticas, endechas y églogas de *El Mirtilo* son por extremo insípidas y amaneradas. Su afición á la vida campestre, nacida del artificial entusiasmo de quien la admira desde su gabinete, no le inspira por lo comun sino ideas falsas y exageradas, como cuando dice, en un tono por cierto más agradable del que suele emplear en sus versos:

Un cayado y un hato de corderos,
Con un sayo, aunque pobre, son bastantes
Para unir los afectos más sinceros,
Y hacer así dichosos dos amantes.

Su amor á Dios y á la naturaleza le inspiran á veces, si no pensamientos nuevos y sublimes, dignos de la alta lírica, al ménos ideas elevadas, propias de un corazón sensible y cristiano (1).

En las odas, que es el género que *Montengon* cultivó con más empeño y con ménos fortuna, hay una sola cosa que admirar: los títulos de ellas, esto es, los nobles y encumbrados asuntos que bullian en la mente del poeta. ¿Quién no recuerda con grima y hastío los objetos triviales, chabacanos y aún viles á que dedicaban sus versos los escritores de la decadencia en la primera mitad del siglo? Honor merecen aquellos contados poetas que, abandonando la trillada senda de la poesía familiar ó de las insulseces bucólicas, levantaron la poesía á los altos espacios donde ella tiene su natural esfera. Cuando, en 1776, Jovellanos aconsejaba, no del todo con sana crítica, pero con grave y elocuente acento, á sus amigos de Salamanca que dieran tregua á los cantos de amor, y empleáran su lira en ensalzar la fe, la virtud, las glorias bélicas de la patria, y este consejo fué escuchado y acatado en la escuela salmantina como una novedad doctrinal, ya el patrio instinto habia señalado esta laudable senda á dos poetas oscuros. Un abogado, don José Muñoz, con el designio de desterrar los romances de *guapos*, bandidos y otros héroes populares de perversa ralea, habia publicado algunos romances, que tituló *militares*, consagrados á cantar hazañas de famosos soldados españoles. *Montengon*, apenas conocido entónces, escribía por aquellos tiempos en Ferrara una copiosa coleccion de odas, que imprimió despues en la misma ciudad, con el seudónimo de *Filopatro*. No hay asunto noble, santo, útil, grande ó heroico que no tratase *Montengon*. El trabajo, la navegacion, el comercio, la supresion de la trata, la educacion, el patriotismo, *Guzman el Bueno*, *Pelayo*, el *Gran-Capitan*, el *Cid*, *Diego García de Paredes*, el cardenal *Jimenez de Cisneros*, la muerte de *Garcilaso*, el descubrimiento de América, los Andes, el Potosí, la victoria de *Otumba*, las artes, la virtud, *Hernan-Cortés*, los canales de navegacion, *San Fernando*, *Cárlos V*, *Cárlos III*, *Campománes*, *Jorge Juan*, las batallas de las Navas y de *Clavijo*; estos y otros muchos elevados objetos resuenan en la lira del jesuita expatriado. Hasta se atreve, á pesar de su índole modesta, á rivalizar con *Fernando de Herrera*, escribiendo una oda *A la victoria de Lepanto*. No hay que decir si salió vencido en la insensata competencia (2). Por desgracia, era impotente el ambicioso aliento de la musa de *Montengon*. Sus poesías no corresponden ni con mucho á la nobleza de su intencion. Falto en sumo grado de sentimiento poético, intentaba imitar á *Herrera* y á *fray Luis de Leon*, dos poetas de índole diferente y hasta contraria, ambos inimitables. El estilo de *Montengon*, así como su lenguaje, monótono, embotado, por decirlo así, por una erudicion pedantesca y por extravagantes frases, giros y palabras, y ademas poco acrisolado, produce en el ánimo de los lectores insufrible cansancio. Hay destellos felices en muchas de sus composiciones, mas ni una sola, acabada, que deje verdadero embeleso en el entendimiento y en el oído.

(1) Como muestra de esta poesía, sana, aunque poco inspirada, puede citarse la canción de *El Mirtilo* que empieza:

¡Oh! cuánto me enamora, etc.

(2) La oda de *Montengon* empieza así:

Sobre tu pueblo santo
Tu ojo eterno, Señor, no está dormido...

Cuando aconseja humanidad á los gobernadores de las Indias; cuando presenta á *Hernan-Cortés*, conmovido ante el sepulcro de la india doña Marina, atribuyendo á su amor y á su lealtad la gloria de la conquista de Méjico; cuando levanta su voz contra la esclavitud de los negros; cuando maldice las riquezas del Potosí, como adormecedoras de la actividad española; cuando dice que en el Perú

Amor exhala el deleitoso suelo,

y que las minas de oro y plata de Carabaya y de Arequipa no valen lo que el amor desinteresado de una limeña; cuando se pasma ante la grandeza del Chimborazo y del encendido Cotopaxi; cuando ensalza el ímpetu de los héroes castellanos, los útiles afanes de los sabios y la cordura de los hombres de Estado, *Montengon* entra sin duda en el camino por donde van los grandes poetas de la civilizacion y de la gloria. Pero no sabe andar por él. Como el caminante extraviado, que ve una luz lejana en las tinieblas de la noche, y no acierta á llegar á ella, *Montengon* divisa las maravillas del mundo material y las grandezas del alma humana; las siente acaso en su entendimiento y en su corazón; pero no tiene color, ni luz, ni tino, ni fuerza para describirlas. Ve la belleza y no sabe cantarla. Es escritor de noble espíritu y de meritoria intencion. No es bastante: le falta la llama divina del poeta. La posteridad debe recordar su nombre con respeto, pero puede olvidar sus obras.

CAPÍTULO XII.

Continuacion del reinado de Cárlos III.—Sazon completa de la nueva era literaria.—Cuatro magistrados poetas.—Melendez Valdés.—Jovellanos.—Fórner.—Vaca de Guzman.

No sin razon hizo época en los anales literarios de España la publicacion de las primeras poesías líricas de don Juan Melendez Valdés (1785). Era éste un poeta verdadero, no de número sublime y pindárico, como han repetido tantas veces sus maestros, sus amigos y sus alumnos; pero sí de índole fácil, abundante y amena. *Cadalso*, *Huerta*, *fray Diego Gonzalez*, cuantos le habian precedido, sin excluir á don Nicolás Fernandez de Moratin, le son inferiores bajo muchos y muy esenciales aspectos. Las obras de aquellos escritores no pueden parecer, en rigor, á la posteridad sino ensayos y esfuerzos más ó ménos firmes y luminosos de una era literaria que aún no se hallaba fija y definitivamente asentada. *Melendez*, con todos sus defectos, que no son insignificantes, fué, no sólo el poeta principal de su tiempo, sino el que dió con sus brillantes obras sancion y autoridad á la nueva poesía, al nuevo lenguaje, al nuevo carácter literario, que se habian ido formando en España desde el advenimiento al trono de la dinastía de Borbon. Habia en su talento poético circunstancias de diverso y aún contradictorio linaje, que, entre sí combinadas, constituian su peculiar carácter. Carecia de fuerza creadora y de originalidad vigorosa; y sin embargo, descuellan en sus versos espontaneidad y soltura. Pero no hay que dejarse alucinar por esta seductora apariencia. Poseia *Melendez* en alto grado un instinto imitativo, no vulgar ni rastrero, que podriamos llamar facultad de asimilacion. Detras del epicurismo risueño, que es para *Melendez* inagotable vena, se trasluce á las claras el espíritu de *Anacreonte*, la gracia de *Villegas*, algo del primor galante de los madrigales franceses, y hasta el voluptuoso descaro, mal disfrazado con la dulzura de la forma, del poeta holandés *Juan Segundo* (1). El anhelo de graves refor-

(1) Fué secretario del Arzobispo de Toledo, á los veinte y cinco años de edad, en 1536, el mismo año que *Garcilaso*. Escribió muchas poesías latinas;

mas y de renovacion y adelantamiento moral, que conmovia los ánimos en el reinado de Carlos III, lleva como á remolque el estro de *Melendez* al campo de las meditaciones profundas, ora sociales, ora filosóficas. *Jovellanos* le presentó la poesía amorosa como un devaneo insustancial, que no granjeaba alto renombre (1), y acabó por hacerle mirar con rubor los cantos de amores, y arrojar el *caramillo pastoril*, que era al cabo la verdadera lira de *Melendez*.

Lo paso muy mal (escribia á *Jovellanos*), con un gravísimo dolor de cabeza, que no me deja vivir seis dias há. Ni he dormido las noches, ni descanso los dias... Desde el año pasado, que caí malo y arrojé alguna sangre, me ha quedado una destemplanza lenta... ¡Si V. S., amigo, pudiera con sus plegarias librar-me de esto, como me ha convertido con sus amonestaciones de escribir amores y ternuras!

Salamanca, 14 de Setiembre de 1776 (2).

En Julio de 1779 envió á *Jovellanos* la primera composicion filosófica que habia escrito, siguiendo las advertencias de su amigo, á saber: la oda titulada *La Noche y la Soledad*, que empieza:

Vén, dulce soledad, y el alma mia...

Curioso es el juicio que en su carta forma el mismo *Melendez* de esta composicion, confesando que habia tenido que inspirarse con la lectura de *Las Noches*, de *Young*, y que en la fatiga del desempeño no habia alcanzado á dar al pensamiento enlace y armonía. Hé aquí la carta:

Mi más venerado amigo: Remito á V. S. esa cancion, cuyas primeras estrofas me dictó el mal humor y la melancolia, y la amistad que siguió, las demas... No busque V. S. en ella orden ni plan, porque no he tenido otro que el de la imaginacion, que, ya ardiente, ya más templada, me presentaba los objetos y me los hacia exprimir con la fuerza y calor porporcionados á sus situaciones. Al principio creí no saliese tan larga; pero el tiempo y la meditacion me fueron ministrando nuevas ideas y pensamientos, y acaso por esto no tendrán algunas estrofas aquel lugar determinado que debieran tener. A mí me ha sido despues casi imposible volverlas á fundir, y he querido más dejarlas en aquel ménos importuno y desordenado, que trastornarlas de nuevo, creyendo, como creo, que el desórden no desdice tanto en estas obras, como la marcha seguida y lenta; porque la imaginacion, aunque regular, no es mecánica ni compasada.

No busque V. S. tampoco el estilo magnífico y terrible del inimitable *Young*, ni la fuerza divina de sus sentencias. Sus años, sus doctrinas, su situacion, y más que todo, su genio, son infinitamente superiores, para querer yo presumir tan atrevidamente. Mi cancion, al lado de sus *Noches*, es una composicion lánguida, sin moral, débil; mis pensamientos vulgares, mis pinturas poco vivas, y mis arrebata-mientos frios. Las musas castellanas son capaces de todo, pero la humilde musa de *Batilo* no puede tanto. Hallará V. S. algunos pensamientos tomados de la *noche* décima, que es del mismo asunto; pero confieso llanamente que no han sido hurtos. Yo he leído muchísimo *Las Noches*, me he quedado con mucho, y aunque en esta composicion no quise verlas de propósito, temiéndome lo que me ha sucedido, hallé, concluida mi obra y cotejándola con la *noche* que he dicho, algunos pensamientos ya ocupados por él, y que yo me creia originales; aunque no son tantos, á mi ver, que puedan por este lado desacreditarme...

Este género de composiciones no es familiar entre nosotros. La moral puede en ellas elevarse y tomar toda la pompa y ornato que merece. Nuestras musas pueden cultivar este género nuevo, y emplear útilmente sus cánticos divinos.—Salamanca, 17 de Julio de 1779.

Jovellanos, al contestarle, le manifestó con lisura la falta de cohesion y conjunto que se advierte desde luégo en la oda. Así se infiere de la réplica de *Melendez*:

que llamaron la atencion general por la gracia y facilidad del lenguaje.

Herrera las cita en su comentario á las obras de *Garcilaso*. Las diez y nueve composiciones, conocidas con el nombre de *Besos de Juan Segundo*, en las cuales raya en escándalo la expresion sencilla y vehemente de los impulsos amorosos de un mancebo de veinte años, le granjearon grande y justa celebridad, por la inspiracion poética que sobresale en

ellas. *Melendez*, en algunas de sus anacreónticas, imita estas poesías eróticas, especialmente los *besos* 4, 11 y 19.

(1) Véase la epístola de *Jovellanos*, titulada *Jovino á sus amigos de Salamanca*, escrita en Sevilla, en 1776.

(2) Ésta y las demas cartas que se citan en el presente capítulo, existen autógrafas en la coleccion del señor Marqués de Pidal.

Convengo en la censura de la cancion. ¿No le decia yo á V. S. que no iba igual, y que iba con muchas añadiduras?... No extrañe V. S. el que ande vagando ahora, sin fijarme en nada. Este género moral me gusta muchísimo, aunque me conozco sin caudal suficiente para él. Pero el deseo de tener algo, que no fuese amores, que poder mostrar á personas á quienes no deben manifestarse bagatelas, me hizo querer probar si podia algo en este género.—Salamanca, 14 de Agosto de 1779.

Ya en la esfera filosófica, el númen flexible de *Melendez* se identifica con las tendencias de la época, y aunque con alas prestadas (1), vuela á su manera, con gala, con desembarazo y sin fatiga, en espacios no muy altos ni desconocidos, pero en los cuales se respira aire de pureza, de justicia y de libertad. Á veces, cansado de emplear el tono de análisis moral de que hallaba ejemplo en los poetas de la secta *enciclopedista*, se atiene á la filosofía de consuelo y de resignacion, á la vez racional y cristiana, que se avenia mejor con su musa dulce y apacible, é imita á *Rioja*, quedando á mucha distancia del modelo. Puede servir de ejemplo la elegía *Mis combates*, en que el autor discurre y discretea sobre los vaivenes de la vida, sin llegar á entristecerse de véras. En los siguientes versos de *Melendez*, ¿quién no ve el reflejo de otros de *Rioja*?

DE RIOJA.

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Ó el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quién así lo entiende, cuánto yerra!
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?
¡Oh error perpétuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvario!

DE MELENDEZ.

El eterno Saber no nos dió vida
Para el cielo medir, ó el mar salado,
Sino para á Él labrarnos la subida.
¿Dicen acaso al hombre que fué hecho
Para este suelo humilde, deleznable,
Do apenas se halla el bruto satisfecho?
Perecen los imperios; grave siente
El peso del arado el ancho suelo
Do la gran Troya se asentó potente.
Desierto triste la ciudad de Belo,
De fieras es guarida; en la memoria
Esparta dura para eterno duelo.
¿Dó blason tanto y célebre victoria?
¿Dó se han hundido? ¡Oh suerte miserable
Del sér humano! ¡Oh frágil, fugaz gloria!
¿Dó están los años de la edad florida?
¿Dónde el reir, el embeleso insano
De los placeres? ¡ilusion mentida!

También intentó *Melendez* imitar la entonacion de *Herrera*, como se ve en la oda titulada *El paso del Mar-Rojo*, que empieza así:

Cantemos al Señor, que engrandecido
Gloriosamente ha sido,
Y al mar lanzó caballo y taballero.
Apareció el Señor como un guerrero.
El potente es nombrado.
De Faraon los carros y escuadrones

Ha en el mar derrocado.
Abismos los cubrieron,
Y al profundo cual piedra descendieron.
El enemigo dijo: «Seguirélos,
Partiré sus despojos, cogerélos.»

¡Cuán léjos están estos versos de la majestad, que es la cualidad distintiva de *Herrera*! *Melendez* no habia nacido para pulsar el arpa de los profetas.

Otras veces intenta seguir el rumbo místico en que *Petrarca* sueña y sutaliza el amor me-

(1) Se columbra fácilmente en sus obras que está muy familiarizado con Thomson, Young, Milton, Pope, etc. Véanse sus poesías *Al Invierno*, *La pre-*

sencia de Dios, *La Noche y la Soledad*, *La Creacion*, *La caída de Luzbel*, etc.

tafísico, y en esa esfera falsa y nebulosa se confunde y desmaya. El amor suave, ingenioso, alegre y casi siempre voluptuoso; el amor que recrea y que no da al alma sinsabor ni aflicción, ése es el campo natural de *Melendez*, donde su musa vaga y juguetea como ninfa antojadiza y ligera, que corre de flor en flor, sin pasión y por mero deleite, sin cuidarse mucho de encubrir con las santas galas del pudor su desnudez y su frivolidad.

Algunas veces olvida *Melendez* demasiado el idealismo en las imágenes del amor, y traspasa el límite que el decoro y el buen gusto prescriben. Acaso reconociendo esto mismo, suprimió el poeta en la impresión de sus obras la canción *El Palomillo*, que envió á *Jovellanos* *fray Diego Gonzalez*. El desenfado de *Melendez* en las descripciones amorosas fué notado, aún en aquel tiempo, en que se le juzgaba con ilimitada indulgencia. Hablando de estas descripciones, dice una poetisa, hermana de *Jovellanos*:

Otras pinturas hace,
Que encienden al más tibio,
Ruboran al modesto
Y auxilian al maligno.

Sin sensibilidad verdadera y profunda, sin fantasía arrebatada y vigorosa, sin espíritu de observación trascendental, sin alcance filosófico, sin elevación mística, ¿cuál es, pues, el mérito de *Melendez*, cuál el secreto de su hechizo y de su influencia? No una sola; varias son sus facultades seductoras, á saber: la amenidad misma de su imaginación movediza; la cultura de su lenguaje; la facilidad de la versificación; la soltura artística, que entretiene y halaga, y más que todo, el primor descriptivo, donde todo es color, abundancia y gentileza. No es ésta la facultad de más alta ley de que puede hallarse dotada el alma de un poeta; pero es siempre de valor muy alto, y tan grande el poder de su encanto, que esconde y disimula la falta de otras prendas más raras y de más preciosos quilates. La fuerza descriptiva es tan genial y espontánea en este poeta, que cuando quiere soñar, disertar ó sentir, describe á pesar suyo: para ello nunca le faltan pensamientos ni palabras, y le acontece con frecuencia enervar y embarazar las reflexiones morales ó la efusión de los sentimientos con imágenes pintorescas. Por eso la poesía campestre, que suele pintar más que sentir, cuadraba á su peculiar ingenio; por eso con la égloga *Batilo*, en alabanza de la vida del campo, que *olvía toda á tomillo*, según la expresión ingeniosa del obispo y académico *Tavira*, vivificó por un momento un género que habían llegado á hacer lánguido y enfadoso los que, por mera rutina y sin salir de su prosáica estancia, afectaban deleitarse con amorosas y sándias pláticas de pastores imposibles y con soñadas sensaciones en florestas que jamás habían pisado; por eso, en fin, al escribir *Las Bodas de Camacho*, cuyo plan había para él formado su amigo y maestro, *don Gaspar Melchor de Jovellanos*, no acertando con la pasión ni con los caracteres que son el alma del teatro, hizo una especie de égloga cuando intentaba hacer una comedia.

Por esta comedia, premiada y representada en 1784, fué *Melendez* muy zaherido, á pesar de los bellos trozos líricos que contiene aquella obra pastoral. En una sátira manuscrita de aquellos tiempos, perteneciente á los papeles literarios de *Jovellanos*, leemos los siguientes versos:

De ser lánguido y frío habed empacho;
Que un tono mismo y pesadez no envuelva,
Como envuelven *Las Bodas de Camacho*.
Pinte su autor ovejas en la selva,
Pazcan, ó no, la yerba aljofarada,
Y su musa al teatro nunca vuelva.

Se alude en este último terceto á la célebre égloga de *Melendez*, titulada *Batilo*, que fué premiada en 1780 por la Academia Española. Empieza con estos dos versos:

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada...

y sabido es que los críticos zumbones de aquel tiempo se burlaron de esta idea, como impropia de quien afecta amar y conocer la vida pastoral, porque la yerba *aljofarada*, esto es, *cargada de rocío*, es dañosa para el ganado.

A pesar de su indulgencia para con *Melendez*, *don Leandro de Moratin* no puede ménos de hacer notar la falta de calor, de orden y de armonía que se advierte en la estructura, en los caracteres y en el estilo de *Las Bodas de Camacho*, y toda la alabanza que puede tributarle se limita á decir que la comedia está escrita «en suaves versos, con pura dicción castellana», y que está «llena de excelentes imitaciones de Longo, Anacreonte, Virgilio, Tasso y Gesner» (1). Este último elogio, tratándose de un autor dramático, es de aquellos que más dañan que favorecen (2).

No hay que dudarlo. *Melendez*, en una civilización literaria que vivía más de reflejo que de luz propia, fué y debió ser recibido con admiración y hasta con sorpresa. Sus perfecciones relativas, y hasta su mérito absoluto, eran grandemente adecuados para cautivar entonces la atención pública. «Hombres y mujeres (dice *Quintana*), jóvenes y ancianos, doctos é indoctos, todos se arrancaban sus poesías de las manos, todos aprendían sus versos, todos los aplaudían á porfía.» Antes de este triunfo, y cuando *Melendez* estaba todavía en los albores de la juventud, *Cadalso*, *fray Diego Gonzalez* y *Jovellanos* habían presagiado su gloria y su importancia en las letras españolas. No es posible recordar sin sentir cierto enternecimiento, el solícito afán que los dos últimos manifestaban por la salud y el adelantamiento del aventajado mozo, y la seguridad profética con que *Jovellanos* le consideraba como una gloria futura de la nación, cuando el poeta se hallaba todavía en una situación oscura y no poco menesterosa.

Fray Diego Gonzalez, al enviar, en Marzo de 1776, á su amigo el padre *Miras* (3) una canción de *Melendez*, el cual acababa de cumplir veinte y dos años y era todavía desconocido en la república literaria, describe así al interesante poeta:

Este *Batilo* es un joven extremeño, bachiller en leyes, muy aplicado á todo género de estudios, muy dulce de condición y hermoso de cuerpo y alma, á quien *Dalmiro* (*Cadalso*) ama mucho, y aún ha compuesto en su elogio una hermosa canción, en que muestra el mucho aprecio que le han merecido las producciones de este dulcísimo joven, que son muchas, y entre ellas hay algunas excelentes.

En la correspondencia del maestro *Gonzalez* con *Jovellanos* se advierte el vivísimo interés que inspiró á todos aquel poeta, que se presentaba con tan altas dotes en la palestra literaria.

El semblante de *Melendez* denotaba, en su primera juventud, complexión endeble: cayó enfermo, y muchos temieron, al verle tan decaído y macilento, que una tisis terminase en breve su vida. *Fray Diego Gonzalez* daba continuamente noticia á *Jovellanos* del estado del enfermo.

En 8 de Octubre de 1776 le decía:

Recibí la muy apreciable de V. S. á la sazón en que estaba conversando dulcemente en mi estudio con el buen *Batilo*... Uno y otro damos á V. S. repetidas gracias por la remesa de las poesías filosóficas (4)... *Batilo* está muy amonestado por mí para que no piense en otra cosa que en su perfecto restablecimiento. Actualmente está tomando leche de burras, y así en su juicio como en el mío, se halla notablemente mejorado. Con toda frecuencia voy á sacarle de su posada y llevármele á gozar del campo. Había comenzado á contestar á la epístola didáctica, y yo le he mandado con todo imperio que no prosiga por ahora, so pena de incurrir en el desagrado de V. S., á quien doy nuevas gracias por la singular fineza con que

(1) Discurso de *Moratin* sobre el teatro español del siglo XVIII.

(2) El año mismo en que escribió *Melendez* *Las Bodas de Camacho*, se publicó en Salamanca la comedia *El amor hace milagros*, del bachiller *don Pedro Benito Gomez Labrador*.— Imprenta de Villagordo, 1784.

Esta comedia sigue casi al pié de la letra la novela de *Las Bodas de Camacho*, según la refiere Cervantes en el cap. XX del lib. II del *Quijote*.

(3) *Fray Miguel de Miras*, predicador acreditado y prior en un convento de religiosos agustinos de Sevilla.

(4) Los poemas filosóficos de *Trigueros*.